

La belleza leal de la poesía de Álvaro Quijano

BLANCA LUZ PULIDO

En octubre de 1996 se cumplieron dos años de la muerte de Álvaro Quijano. Es poco lo que se puede decir ante el agravio que una ausencia tan prematura infligió a todos los que fueron sus amigos e incluso a quienes, sin estar muy cercanos a él, lamentamos la pérdida de un ser humano en el que se conjugaban singularmente el talento literario con la calidad y calidez personales. Sin embargo, y luchando contra la verdadera muerte, que es el olvido, un grupo de amigos de Álvaro —David Huerta, Carlos Mapes y Juan Carlos Mena, entre otros— se unieron para fundar Trilce Ediciones, y como primer título de la colección Tristán Lecoq (que es el nombre del protagonista de la única novela de Álvaro, *El libro de Tristán*) publicaron su libro póstumo de poemas *Este jardín es una ruina*, en octubre de 1995. Ignoro el sitio que este pequeño volumen de poco más de sesenta páginas ha ocupado en nuestro impredecible *hit parade* literario. Lo que es indudable es que gracias a estas páginas, la muerte de Álvaro no ha desembocado en su olvido, sino que por el contrario, y por obra de una de esas paradojas que ya casi no nos sorprenden, a través de los poemas de este libro su voz se define y se levanta entre nosotros, y adquiere una mayor presencia y definición que las alcanzadas en su primer poemario (*La lucha con el ángel*, SEP-CREA, 1985).

Este jardín es una ruina será así, y podemos decir con sobrada razón que por desgracia, el primer y último y definitivo testimonio de una imaginación poética que conjugó imágenes memorables e íntimas, tratando de aprehender con las palabras un mundo fugaz y frágil, en perpetua fuga:

En nuestro deseo está el dibujo que nos
[conforma;
imagen del yo en el jardín de la infancia.
Ahí se cuece el destino: surco por el que emana
y se diluye el mundo en permanente
[estampida.
El acto de la contemplación es un oficio
[sentimental,

como detenerse a escuchar los signos del
[tiempo
en el abismo del tropiezo cotidiano.

El poeta, en su afán de “enumerar los vastos territorios de la noche”, nos comunica la geografía de sus sueños y sus deseos, entre los que ocupa un lugar primordial la mujer amada, una presencia que se viste casi siempre de lejanía y pérdida, una añoranza que queda siempre en el fondo de los poemas más intensos de Álvaro Quijano:

Sólo quedan los nombres de las cosas
y sus rastros en el derrumbre
[...] En el arduo régimen de tu silencio
aprendí este estilo de naufrago

en cada frase que escribo.
[...] El amor es un frágil sueño
que atraviesa las puertas del día.

Hay muchas cosas que pueden decirse de los poemas, leves y permanentes, que nos dejó Álvaro Quijano, pues a pesar de su reducido número alcanzan en ocasiones una profundidad singular, llena de misterios sin resolver, que quedan abiertos al lector, cómplice y testigo de las vacilaciones y asombros del poeta. Tenemos una deuda con Álvaro Quijano, en agradecimiento a la obra, breve mas intensa, que sembró entre nosotros: leerlo.

Todo jardín es una ruina y un naufragio,
pero hay que ver la insistencia de las flores
y el esfuerzo de las luciérnagas,
cómo las plantas buscan en lo alto
y aún persiste la madrugada
como una luz que restaura las ruinas de la
[noche. ♦

Álvaro Quijano: *Este jardín es una ruina*, Trilce Editores (colección Tristán Lecoq), México, 1995. 63 pp.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Noviembre 1996 ♦ Núm. 550

Perennidad del beso

Estudios ♦ Poemas ♦ Interpretaciones
♦ Relatos

De los Reyes, De Luna, Díaz Loving, Espejo, Esquinca, Genovés,
Moreno de Alba, Pasantes, Pettersson, Vázquez-Yanes y otros

♦ Ilustran:

Aceves Navarro, Castro Leñero, Coen, Kaminer, Lara,
López Saenz, Morales, Rangel, Rippey, Sauret, Stuart,
Velázquez, Venegas, Zenil y otros